



CONGRESO

SESIÓN EXTRAORDINARIA: 40 AÑOS

Nació como un proyecto liderado por tres hermanos que admiraban a los Beatles. Sin más referentes que sus propias inquietudes, fusionaron el rock con el folclor y cantaron en español. Hoy, con cuatro décadas de trayectoria y 18 discos a cuestas, Congreso se ha convertido en una leyenda que ha marcado pauta en la historia de la música nacional.

Por Alicia Tagle
Fotografía Juan Francisco Lizama

ANTES DE COMENZAR A CANTAR, PANCHO SAZO se paró a bailar en el estrecho espacio frente al micrófono. “Yo soy el fioca”, le dijo a su reducido público en un pequeño bar, para introducir el nuevo tema de la banda, que habla de “un cuma bien arreglado”, de esos que nunca le trabajaron un peso a nadie y que salían por las tardes a los antiguos *dancing* en Valparaíso. Una historia que, más allá de ser una anécdota, expone el interés de los congresales por reflejar la idiosincrasia chilena.

Congreso es un grupo que en sus 40 años ha experimentado con todo tipo de instrumentos, ha fusionado estilos y ha reordenado en varias oportunidades a sus músicos, pero que desde sus inicios ha mantenido los ojos en la calle, en la sociedad y en las minorías para dar vida a sus canciones.

“Esto de ponerle *Con los ojos en la calle* al nuevo disco es por darle un nuevo nombre a algo que venimos haciendo hace mucho tiempo. Siempre hemos cantado a los marginales, a los corridos en la foto, a los que no tienen nombre, a las etnias que desaparecen. Buscamos donde la gente pasa de largo”, cuenta Sergio “Tilo” González, el baterista, compositor y director de la banda que actualmente está mezclando su último álbum.

Entre Valparaíso y Santiago, los integrantes de Congreso sostienen una dinámica donde reinan el humor y los recuerdos, cargados de emociones, de un grupo histórico. Nunca les importó el éxito de la radio, y hasta postergaron la creación de temas pop para hacer lo que realmente les conmueve; cantar en vivo y en directo a su público.

EN PLENA REVOLUCIÓN DE LAS FLORES, la búsqueda de la paz era protagonizada por la juventud bohemia, intelectual y artista, que manifestaba su repudio hacia los conflictos armados. Mientras en Estados Unidos se realizaba el Festival de Woodstock, en Chile emergían bandas que, inspiradas en la efervescencia cultural que crecía a escala global, con los pies bien puestos en su tierra anhelaban rescatar la identidad nacional y latinoamericana.

En 1969, en Quilpué, los hermanos González —Fernando, Patricio y Sergio—, junto a Fernando Hurtado, dejaron su uniforme de chaquetas rojas y pantalones negros, y con ello el grupo Los Masters, que habían formado cinco años antes. Entonces reclutaron de Los Siodélicos a su vocalista, “Franky” Sazo, para comenzar a escarbar la tierra de sus raíces y revivir su cultura. Nació Congreso, un grupo que cantaría al son de la paz y el amor.

Los cinco integrantes del nuevo conjunto porteen proponían diferentes estilos y perspectivas que fusionarían en este gran consenso musical. “En Los Masters hacíamos mucho cover y tocábamos bailables en fiestas de universitarios, quermeses

y carnavales. Y Pancho venía de Los Siodélicos, un grupo que era muy influenciado por el rock y el beat. Incluso, cantaban en inglés. La decisión de no seguir en esas y haciendo covers, sí que fue Congreso”, recuerda Tilo, sentado en el sillón de la terraza de un restorán de Plaza Ñuñoa donde normalmente va con sus amigos.

A la guitarra eléctrica se le sumaron instrumentos arraigados a la cultura chilena, como bombos legüeros, quenás y zampoñas, y se generó una fusión sin precedentes en el mundo, aunque Congreso no era la única banda pionera en esta experimentación. “La chapa del grupo era hacer una música diferente y nacional. Pero se dio un movimiento con grupos como Los Blops y Los Jaivas. Todos hacíamos lo mismo; fusionar la música latinoamericana con lo que teníamos impregnado, que era el rock ‘n roll’”, cuenta Fernando, el mayor de los hermanos González, que en ese tiempo, con 22 años, era el guitarrista y compositor del conjunto.

Fue a fines de agosto del ‘69, en el Teatro Velarde de Quilpué, cuando Congreso, frente a una platea llena, hizo su primer recital. Pese a que ya tenían temas propios, y en castellano, todavía no podían desligarse de los covers de bandas como Santana y los Rolling Stones.

La musicalización del poema de Neruda “Maestranzas de la noche” fue el primer single del grupo, que dos años después iniciaba el LP *El Congreso*, editado bajo el sello EMI, y que tenía entre sus temas la tradicional melodía boliviana “El cóndor pasa”, con texto de Pancho Sazo. “*El Congreso* fue como el primer gol que metimos, la realización de todos y que más encima tenía temas nuestros. Logramos algo que siempre quisimos hacer”, recuerda el mayor de los González.

El sencillo “Cómo vas”, lanzado ese mismo año —en 1971—, contó con la participación del flautista invitado Hugo Pirovich, y a la fusión de rock y folclor, que ya era criticada por los músicos más puristas, paulatinamente se le comenzaron a notar rasgos doctos. “Al principio los folcloristas nos odiaban porque usábamos sus instrumentos y los rockeros, porque ¡qué tiene que ver una quena con una guitarra eléctrica!”, comenta Tilo. Sin embargo, el éxito del grupo no logró ser opacado por las críticas que venían de diversos flancos y fueron invitados a participar del Festival de la Nueva Can-

ción Chilena en 1971.

El escaso repertorio con que Congreso contaba en sus primeros años los llevó a hacer conciertos improvisados, donde incluso Sazo inventaba letras sobre el escenario. Confiaban su éxito a la inspiración del momento, que tenía como punto de partida las melodías de los pregoneros. “El manzanero de Concepción, el tipo que afilaba cuchillos y todos esos rescates urbanos se llevaban al escenario. Teníamos la mirada en la calle y hoy estamos sacando el disco *Con los ojos en la calle*”, cuenta el baterista.

En un contexto donde las manifestaciones artísticas en Chile comenzaban a tomar tintes políticos, Congreso, aún influenciado por la Revolución de las Flores y el hippismo, preparaba su segundo disco. “Soñábamos con un mundo que cambiaba, con la paz y el amor. Cantábamos en contra de la guerra, a favor de los niños. Fuimos bastante sociales siempre, aunque sin ser de un partido, porque teníamos una mirada humanitaria pero más siodélica”, comenta Tilo.

Pese a que contaban con nuevos congresales y una identidad musical cada vez más definida, el golpe militar los llevó a retrasar sus proyectos y a postergar su idealismo.

EN MEDIO DE LA CONVULSIÓN SOCIAL y política que se produjo en Chile a partir de 1973, Congreso grababa su disco *Terra Incógnita*, el cual finalmente lanzó dos años después, con textos que decían: “*De todos los oficios que tienen las cosas, hay unos que son malditos por meter gente a la fosa*”. Entonces dejaron atrás el hippismo para manifestar, de manera evidente y a la vez oculta, sus cuestionamientos políticos.

“Había que tomar conciencia y ver cómo se estaba atropellando la vida. Nuestros sueños se fueron y dijimos: ‘ya, ok, vamos a la trinchera’. Nos obligaron a crecer rápido”, dice pensativamente el Tilo, ahora apoyado sobre sus rodillas en el mismo sillón del restorán de Ñuñoa.

En 1974 se integraron a Congreso Renato Vivaldi, con la flauta traversa, tarka y rondador, y Arturo Riesco, en la percusión y flautas. El nuevo timbre que traían los vientos al grupo se sumó al cello, ejecutado por Patricio González, y se forjó un sonido que el guitarrista —Fernando— considera característico del conjunto.

Fue con *Terra Incógnita* que Pancho Sazo se llevó los elogios del resto de la banda. Sus textos cargados de metáforas expresaban lo que Congreso sentía y, a la vez, lograron sortear la censura. “Nunca tuvieron claro lo que decían los textos y la EMI también fue muy inteligente. Sacó el disco bajo el sello London, entonces era como si el álbum viniera de afuera”, cuenta Tilo.

La prensa especializada eligió el disco como uno de los tres mejores del año. Sin embargo, difundirlo se convirtió en un incierto desafío. Los conciertos que programaban eran cancelados con frecuencia; entonces comenzaron a tocar en la clandestinidad. “Las parroquias fueron un gran lugar de encuentro y ahí se podía cantar. Cobijaron esa pequeña luz de esperanza que teníamos todavía”, agrega el menor de los González.



CONGRESO EN QUILPUÉ, A COMIENZOS DE 1978. De izquierda a derecha: Tilo González, Hugo Pirovich, Fernando González, Pancho Sazo (atrás), el percusionista Arturo Riesco, el bajista Fernando Hurtado y Patricio González.

El tercer LP, *Congreso*, más conocido como “el disco café”, con canciones como “Los elementos” y “El color de la iguana”, fue grabado en 1976 y logró pasar inadvertido ante la censura, incluso con textos que hacían alusión a la Junta Militar en el tema “Arcoiris de hollín”.

Ese año, Vivaldi se retiró del grupo, para dedicarse a la arquitectura, y en su reemplazo llegó Hugo Pirovich en la flauta, quien ya estudiaba música, para contribuir con su vasto conocimiento a la banda.

LA RECETA PARA MANTENERSE UNIDOS durante cuarenta años ha sido, desde un comienzo, permitirse el espacio para que cada uno de los congresales tuviera sus proyectos personales. “¡Si alguien quiere hacer la orquesta sinfónica de gaitas, que la haga!”, dice Tilo.

En 1978 tres de sus integrantes se fueron del país, mientras Patricio y Sergio González, junto a Pirovich, se dedicaron a estudiar música. Fueron esos espacios de independencia los que produjeron un margen de experimentación instrumental dentro de la historia de Congreso, que nació con la partida de Sazo, y su lírica, a Bélgica. No quisieron reemplazarlo: se dedicaron a los instrumenta-

les porque, según cuenta el compositor, no sabían qué decir que fuera interesante.

Paralelamente, algunos de los integrantes de Congreso tocaban en la orquesta que el pianista Raúl di Blasio había formado en la Quinta Región y fue ahí donde conocieron a Joe Vasconcellos, el brasileño — chileno que venía llegando de Italia y asumiría como vocalista y letrista de la banda.

“Yo no conocía a Congreso. Un día mi viejita me había dejado de regalo un disco café que ella había encontrado muy bonito. Lo miré y me di cuenta de que eran los huevones con que estaba tocando. Caché al Tilo, al Pato y les dije: ‘¿ustedes son de Congreso?’ Ahí me empezaron a contar la historia y me entusiasmé”, recuerda Joe, quien entonces comenzó a participar de los ensayos en la casa de los hermanos González en Quilpué, donde el pan con huevos revueltos se convirtió en un elemento casi tan importante como la música. “Estaba la mamá, la tía y todo era muy calentito, muy tierno”, dice con nostalgia.

La fusión instrumental fue el sello de esta nueva etapa del grupo, sobre todo con la integración de Ricardo Vivanco, Aníbal Correa, Ernesto Holman y el mismo Joe Vasconcellos, en 1980, cuando se empezó a gestar el disco *Viaje por la cresta del mundo*. Fue en este álbum en el que se manifes-

taron los conocimientos que Tilo adquiría en los talleres de composición, que tomó mientras estudiaba percusión.

A este gran congreso musical, en el que ya convergían diversos géneros, se incorporó la experimentación con movimientos melódicos del jazz, donde la banda estadounidense Weather Report era un importante referente. Y se generó un intercambio de conceptos e ideas en este Congreso renovado.

“Tilo agarró la composición y le dio una nueva vitalidad. Vivanco, con la marimba, ya le dio otro sonido, y también Aníbal, que era más docto, con el piano acústico. Joe nos presentó su tremendo baúl de cositas, que traía de percusión y que se demoraba como una hora en armar. Holman estaba con el bajo fretless, que tenía un sonido que estaba dando la vuelta al mundo”, recuerda el mayor de los González. “Al final eran tantas ideas que había que canalizarlas a través de la línea del Congreso, que era el Tilo”, dice Joe, quien agregó a esta fusión figuras rítmicas brasileñas y marroquíes. Sin embargo, siempre fue asesorado por los congresales veteranos, a quienes considera sus hermanos mayores y su escuela, tanto en la música como en la creación de letras.

En 1981 fue editado *Viaje por la cresta del mundo*, con canciones como “Hijo del sol luminoso” e “Hijo



1



2



3

Cuarenta años de historia

(1) El arpa se sumó a Congreso a comienzos de los '70 interpretada por el menor de los González. (2) Joe Vasconcellos revivió sus canciones de los '80 en el concierto "Todos estos años", en la Estación Mapocho. (3) Todos los congresales en el concierto "Todos estos años", en el que celebraron sus 38 años de música.

del diluvio", que pese a haber sido creadas por Vasconcellos, quien venía llegando al país, son las más andinas del disco. "Estos dos temas, para mí, son la expresión máxima del sentimiento americanista, pero con cojones, que se venía alimentando desde mi adolescencia, por escuchar a Víctor Jara, a la Violeta", cuenta el ex vocalista.

"Hijo del sol luminoso", que habla del amerindio, es una de las canciones más populares del grupo. "Yo creo que salió en un momento donde la gente quería un himno, decir 'sí, tenemos esperanzas, somos hijos del sol' y salió muy bien", dice Tilo. Y es lo que piensa Joe. Mientras toma café y una gata maúlla a su lado, en su estudio, recuerda que hace años, en La Paz, un boliviano se le acercó para contarle que "Hijo del sol luminoso" era el himno que cantaban los niños de un pueblito para saludar el día.

Junto con el disco volvieron a los conciertos. El primero, en la Universidad Santa María de Valparaíso, fue importante por la dificultad que significaba llevar a cabo un recital sin que fuera cancelado por los militares y porque, para gran parte de sus integrantes, era el primer escenario que pisaban como congresales. "Salimos a pegar los afiches y estábamos empapados del cuento. Para el primer tema salí con una malla de lycra. Después me cambié, me puse unos pantalones y una máscara. Era divertido porque nadie se lo esperaba. El Pato González estaba como 'qué hago con este huevón, lo mato o le sigo la onda'", cuenta Joe.

En 1982 grabaron el álbum *Ha llegado carta*, en el que la fusión de ritmos e instrumentos doctos y folclóricos se hace evidente en canciones como "Sur" y "Primera procesión". Pero las cosas no eran fáciles para bandas como Congreso, que hacían resistencia cultural en una época donde la convulsión social crecía con la crisis económica. Eran vigilados y los conciertos se cancelaban a menudo. Sin embargo, eran también los tiempos del Canto Nuevo y, de alguna u otra forma, lograban hacer sus recitales.

Uno de esos fue el concierto en Talcahuano que, para recordarlo, Joe se para de la silla y lo actúa: "La gente estaba embaladísima y teníamos unos lienzos del guatón llorón, el símbolo de Congreso. Salía 'Gira nacional'. Estábamos tocando y vimos que se habían choreado el lienzo, entonces les dijimos 'oye flaco, igual na' que ver robarse el lienzo'. Seguimos tocando y nos empezaron a caer papeles. Ernesto me dijo: '¿cachaste lo que nos están tirando?', miré y ¡eran puros cuetes, nevaban cuetes!'

En 1984 se incorporó a Congreso el saxofonista porteño Jaime Atenas, aportando un nuevo timbre al grupo. Mientras, Vasconcellos decidió volver a Brasil para continuar buscando su identidad. Frente a su partida, Pirovich asumió como vocalista de la banda en el disco *Pájaros de arcilla*, que grabaron en Buenos Aires, contratados por la CBS argentina. Pese a que el grupo lo considera como uno de sus mejores álbumes, es el más desconocido de todos, porque no pudieron llegar a un acuerdo con el sello y así obtener los derechos para editarlo en Chile.

"Es uno de los trabajos más interesantes que haya hecho una banda en esos años, muy poético y dado al cuidado musical. Para mí es antológico y no solamente para el grupo que se va a marcar de ahí hacia adelante, sino también para la música popular. Es como un hijo pródigo", comenta Sazo, quien estaba en Bélgica cuando crearon el disco.

—Pero se grabó, se editó y murió en Argentina. Intentamos regrabarlo en Chile y nos aburrimos, porque estábamos gastando energía en algo que ya había sido. Es como pintar de nuevo el mismo cuadro— dice Tilo.

—Es como salir con una polola que se fue hace años. No, mal ejemplo— agrega Pancho y se ríe en un típico bar del barrio Brasil, a pocos metros del galpón Víctor Jara, donde en una hora tocará junto a Tilo, con la Banda Conmoción.

Como la fusión era un estilo que poco a poco se introducía en Latinoamérica durante los '80, la circulación de *Pájaros de arcilla* también fue muy baja en Argentina. "Cuando llevábamos tres días grabando se acercó el productor y me dijo: 'Che, Tilo, no entiendo nada, ¿qué opinión voy a dar yo de esta música, si no la entiendo!'. Y nos dejaron seguir grabando bajo nuestra producción, ¡y él se fue!", cuenta el compositor.

El bajista Carlos Gana se unió a Congreso, en reemplazo de Ernesto Holman, que en 1985 dejó el grupo y se fue a Estados Unidos. Los conciertos en la Universidad de Valparaíso y el Teatro Cariola, en el que celebraron sus 15 años, cerraron

una etapa donde la experimentación estableció el sonido del grupo. Sazo, que ya había regresado a Chile, fue invitado a participar de estos recitales, y aunque su intención era desligarse de la banda no volvió a irse jamás.

JUNTO CON EL RETORNO DE SAZO COMENZÓ un período muy significativo para Congreso. Triunfó el "No" y aparecieron proyectos que se dieron fortuitamente, que los llevaron a ser la voz de las etnias desaparecidas y a cantar por los derechos del niño, acá en Chile, Europa y el resto de América. Una vez más, la inspiración del grupo giró en torno a temas sociales y a "los corridos en la foto", como ellos llaman a los marginados.

Se sumaron Jaime Vivanco, para reemplazar a Aníbal Correa en el teclado, y Jorge Campos, que tomó el bajo tras la salida de Carlos Gana. Ese mismo año, en 1986, editaron *Estoy que me muero*, el primer álbum que, bajo el sello Alerce, tuvo el formato de disco compacto.

Las sensaciones que Pancho vivía en su regreso al país tuvieron una importante incidencia en el temple de los nuevos temas, como "Canción de Nkwambe", en el que manifestó por medio de metáforas que tras su llegada la sociedad estaba cambiada. "Inventamos que yo encontré unas cartas de un tipo africano que vino a Chile después del terremoto de Valparaíso en 1906", cuenta Sazo.

La creatividad del letrista para engañar a la cen-

sura no sólo se hizo evidente con la invención de un hombre llamado Marcelo Nkwambe, cuya historia muchos aseguran haber leído. En "Impresiones de Agosto" plasmó las que realmente eran sus impresiones sobre Augusto Pinochet, con letras que decían: "Un entierro sin un muerto amortajado, con deudos que lloran de pura memoria".

Pero en *Estoy que me muero* salió también "Noc-

"Siempre hemos cantado a los marginales, a los corridos en la foto, a los que no tienen nombre, a las etnias que desaparecen. Buscamos donde la gente pasa de largo", dice Tilo.

turno", uno de los pocos temas pop que tiene Congreso y que trata sobre una relación amorosa. "Cuando lo estábamos grabando se me acercó una persona, de quien no voy a decir el nombre, y me dijo: 'Te lo compro'. Obviamente no me lo iba a comprar pero fue bonito", cuenta Tilo.

—"No quiso pagar los 100 millones, aunque era una ganga. 'Tú no estás enamorado', le dijimos", bromea Sazo.

—"Era John Lennon. ¡Esa onda!", agrega el compositor y se ríen con el vocalista, siguiendo su característica dinámica de humor.

En 1987 grabaron el álbum doble *Congreso en vivo*, en una gira al sur de Chile. Ese mismo año recibieron el premio "Mejores del '87" en el Teatro

Cariola, en un evento realizado por la Radio Umbral, y comenzaron a preparar una de sus primeras giras, a Canadá, para la que consiguieron préstamos y lograron ir de manera autónoma.

La canción "En todas las esquinas", que se convirtió en un emblema para quienes celebraban el triunfo del "No", se lanzó en 1989, en el álbum *Para los arqueólogos del futuro*. Nuevamente reflejó la cer-

canía que Sazo forjó entre Congreso y el pueblo africano, además de su lúdica relación con la censura. "Tengo muchos amigos africanos y le mandé una parte a una amiga en Bélgica. 'Escríbeme esto en lingala, le dije: Ven para la libertad, en todas las esquinas canto este canto, viva la libertad'. Yo habría sostenido ante la censura que esa era una canción africana", cuenta el vocalista.

Con un éxito indiscutido, Congreso fue premiado por la APES como "Mejor grupo de música popular" cuando cumplían sus 20 años de trayectoria.

El conjunto lanzó el disco *Aire puro*, en 1990. En él convergieron los cantos a la llegada de la democracia y a los pueblos étnicos. Esta vez, las intenciones por rescatar la historia de nuestros orígenes se hizo



(4) CONGRESO EN QUILPUÉ, 1974. De izquierda a derecha: Patricio González, Fernando González, Pancho Sazo, Arturo Riesco, Fernando Hurtado, Tilo González y Renato Vivaldi. **(5) En 1965 los hermanos González ya habían formado su primera banda en Quilpué, Los Masters, donde Tilo, el menor, sólo tenía 13 años.**



5

evidente en “Aroma de canelos”, canción que fue grabada con un grupo de mapuches e instrumentos araucanos. “Un aire de canelos desde el sur, nos cambará las vidas, ¡libertad!”, cantaba Sazo.

En febrero de 1991 participaron en el Festival de Viña, donde tuvieron una de sus peores experiencias sobre un escenario. “Se demoraron para que sonara el piano y después, tocamos todo el tiempo con el sonido acoplado. Lo único que queríamos era desenchufar y bajar las cuestiones. Después fue Vodanovic al camarín a pedirnos disculpas. Olvidate la carita que teníamos nosotros”, recuerda Fernando González, quien sentía que el grupo necesitaba una renovación y, tras dos conciertos junto a Inti Illimani, se retiró para dedicarse a componer en el programa “Mundo Mágico”. Ricardo Vivanco, contratado por la Orquesta Sinfónica, también dejó Congreso y en su lugar se integró el percusionista Raúl Aliaga.

El prestigio que Tilo González había alcanzado como compositor lo llevó a ser escogido, en 1992, para hacer la música con la que el Ballet de Santiago representaría a Chile en la ExpoSevilla, en España. Le ofreció a Sazo crear la letra y a Congreso interpretar la música de la obra, que llamaron *Los fuegos del hielo*, en honor a las etnias que desaparecieron en el sur del país. “Habíamos ido a Punta Arenas y yo andaba con el tema de que los yámanas se extinguieron en la isla Dawson y a nadie le importó un pito. Pero cuando los presos políticos fueron llevados allá y se trató de nosotros, era importante. Quería hacer importantes a aquellos que también lo son”, dice el letrista.

El segundo encargo, que los congresales recuerdan con orgullo, fue la creación del disco *La pichanga*, un proyecto que la Unesco y el gobierno les pidió con motivo de la Convención Internacional de los Derechos del Niño, en el que musicalizaron la antipoesía que Nicanor Parra escribió para la ocasión. Para la banda fue una gran experiencia trabajar con el poeta, estar en su casa y ver cómo

saltaba en un pie sobre su cama, como si fuera un niño, cuando escuchó el disco. Las voces de Tilo y Pancho reflejan un humilde asombro cuando recuerdan, como si todavía no pudieran creer que a Parra le gustó su música.

En 1994, el grupo celebró sus 25 años en el Court Central del Estadio Nacional, donde grabó en vivo *Congreso, 25 años de música*, con invitados como León Gieco, Inti Illimani, Nito Mestre e Isabel Parra. Volvieron a tocar en Brasil y Estados Unidos, además de Costa Rica y Bolivia. Y el Ministerio de Educación los reconoció como el “Grupo Rock con la mejor trayectoria”.

Tres años después, en 1997, lanzaron *Por amor al viento*, con canciones como “Hay una mirada”, “Heroína de Nueva York” y “Signos en el muro”. Esta última, cuenta Sazo, fue inspirada en la historia de un hombre que conocieron en una gira: “Nos quedamos una noche conversando con un tipo que había estado preso en una de las peores prisiones que hubo en Chile, donde no podían hablar con los de al lado. Estaban aislados, pero tenían la luz prendida y había un muro, en el que se comunicaban por señas”, recuerda el vocalista.

El mismo año grabaron el disco *Mediodía*, para el sello francés Iris. Una recopilación de éxitos de Congreso, que fue editada en Europa y que, actualmente, sigue circulando en el mercado del viejo mundo.

Además realizaron una gira nacional y luego partieron al lado este de Estados Unidos y Canadá, de donde no sólo recuerdan los llantos de quienes se emocionaron con los conciertos que realizaron, sino que también la recurrente anécdota del autobús que los transportó. “Fuimos con un productor que a nivel logístico era un chiste. Nos dijo: ‘Tengo un bus especialmente acondicionado para hacer la gira, lo vamos a pasar increíble’. Llegamos al aeropuerto de Nueva York y, de repente, apareció un bus escolar pintado: ‘Congreso,

desde la Patagonia a Quebec’. Íbamos subiendo un puente para salir de Manhattan, empezó a tener explosiones y nos quedamos pegados. Conocimos Estados Unidos en forma subdesarrollada”, cuenta el percusionista, entre risas.

Patricio, el segundo de los hermanos González, se retiró en 1998 para dedicarse a la interpretación del cello en la Orquesta de Viña. Inmediatamente, Tilo encontró para su reemplazo en la guitarra acústica a Claudio “Pajarito” Araya.

Volvieron a Norteamérica y Europa, donde tocaron en el Teatro Ópera de Colonia, en Alemania. Allí, la ciudad los esperó con las calles tapizadas de carteles que decían: “Congreso”. Así, el grupo cerró el siglo con un indiscutible reconocimiento a nivel internacional, además de haber logrado una dinámica grupal sostenida en la amistad que sus integrantes forjaron en las recurrentes giras de los noventa.

UN CONGRESO RENOVADO, QUE NO descuidaba sus ideales sociales ni musicales, entró al siglo XXI con una inmensa experiencia que les permitió enfrentar exitosos proyectos. Sin embargo, vivieron duros momentos que lentamente han superado, tras la muerte de su tecladista Jaime Vivanco. La integración de jóvenes talentos ha sido fundamental para la vitalidad que el grupo pretende mantener en el tiempo.

Siguieron en su afán por rescatar la identidad nacional y en 2001 lanzaron *La loca sin zapatos*, el disco que, bajo una producción autogestionada, incluyó temas como “Esto también es cueca”, la musicalización del poema “Farewell”, de Neruda, y la versión de “Angelita Huenumán”, de Víctor Jara. El disco estuvo marcado por la inusual participación de voces femeninas, que destacaron en la cumbia “En la movilización”.

Al poco tiempo, tal como llegó, Claudio Araya dejó repentinamente Congreso. “Por eso le dicen



VIVIENDO LA CALLE Pancho Sazo (izquierda), vocalista, y Tilo González (derecha), baterista, en la grabación en vivo del disco Congreso de exportación.

el ‘Pajarito’. Se echa a volar siempre. Llegó y aportó maravillosamente, pero de un día para otro no estaba”, comenta Aliaga.

Cuando el país lamentaba la muerte de “Gato” Alquinta, vocalista de Los Jaivas, falleció también Jaime Vivanco, el tecladista de Congreso y Fulano, en enero de 2003. Sumidos en un profundo dolor, los congresales se cuestionaron si serían capaces de seguir tocando. Finalmente, optaron por volver a los escenarios. “Estábamos a diez días de tocar en el Festival del Huaso de Olmué y teníamos dos alternativas; no hacerlo o invitar a Claudio Parra, que también estaba sufriendo por la muerte del ‘Gato’. Y él dijo: ‘Hagámoslo’”, recuerda Tilo.

—El show debía continuar y el dolor se expresó a través de la música— agrega Sazo.

—Tocamos, nos abrazamos y salimos. Fue muy doloroso— comenta el compositor Tilo González.

—Terminamos llorando tanto, que parecíamos huecos— dice el vocalista.

Ambos grupos, que habían recorrido una trayectoria paralela y ahora enfrentaban pérdidas semejantes, se unieron para tomar fuerzas y luego seguir, por separado, construyendo la historia de dos de las bandas más trascendentales para la música del país.

Fue así como, a tres semanas de partir a Estados Unidos, llamaron al joven tecladista Sebastián Almarza. “Nos juntamos y me dijeron: ‘¿Qué temas te sabes?’ Tocamos algunos de los ochenta y ‘Días atrás un árbol me preguntó’, de *La Pichanga*, me dieron los acordes y me dijeron: ‘Pégate un solo’. Empecé tímido y de repente me volví loco”, cuenta Almarza que, frente a un tecladista, imita cómo tocaba esa vez. “Les miré las caras y se estaban riendo. Levantaron las manos y nos dimos un abrazo”, agrega.

En un comienzo, para Almarza no fue fácil

ocupar el puesto que había dejado Vivanco y tampoco lo fue para los congresales, que seguían escuchando al ex tecladista. “Cada acorde que Sebastián tiraba sonaba a Jaime. Los primeros ensayos eran de escalofríos, porque estábamos retomando música que él tocaba”, comenta el director. A su vez, el nuevo integrante temía que el resto de los músicos y los fans de Vivanco lo echaran de menos. “Al principio pasaba que del público gritaban: ‘¡Jaime, te queremos!’ Pero de a poco la gente fue tomando cariño al trabajo que yo hacía”, dice Almarza.

“El show debía continuar y el dolor se expresó a través de la música. Terminamos llorando tanto, que parecíamos huecos”, dice Sazo.

Durante más de un mes recorrieron Estados Unidos tocando y ofreciendo clases magistrales, en un programa de integración transcultural, que terminó en la ciudad Nueva Orleans, donde se ganaron al público y vivieron los momentos más emotivos de la gira. “Literalmente quedó la cagada. Fue impresionante ver a un público casi totalmente negro bailando, gritando y nos hacían volver y volver”, cuenta Aliaga.

Inéditamente, le regalaron a Congreso una presentación de la banda de bronce de un colegio, que nunca antes había tocado para gente blanca. “En el barrio más pobre de Nueva Orleans, los cabros nos hicieron un homenaje, hablamos con dirigentes sociales, tocamos para los niños y les mostramos la cueca. No hay palabras ni imágenes que puedan reflejar lo que yo sentí en ese momento”, recuerda el tecladista Sebastián Almarza.



En agosto de 2003 grabaron en vivo *Congreso de exportación*, en el Teatro Oriente, donde tocaron los éxitos de su trayectoria. El disco ganó el premio Altazor 2004 en la categoría “Música alternativa”, el mismo año que volvieron a tocar en el Festival de Viña, esta vez, sin problemas técnicos.

Con la exitosa incorporación del bajista Federico Faure—que llegó en 2006 tras la salida de Jorge Campos— en 2007 Congreso celebró sus 38 años de trayectoria con un concierto en Estación Mapocho, llamado “Todos estos años”, donde

asistieron gran parte de los congresales que han pasado por el grupo. Ahí, reconstruyeron su historia por medio de la música.

Por estos días, Tilo está mezclando el nuevo disco *Con los ojos en la calle* en Brasil, con el ingeniero Álvaro Alencar, ganador de seis Grammy y productor de María Rita y Gilberto Gil. A su vez, se preparan para los conciertos de lanzamiento del álbum, que comenzarán en noviembre.

Llevan 40 años de música, casi 20 discos y su historia ha sido construida por numerosos integrantes que, bajo la dirección de los hermanos González, han consensuado día a día el sonido de un Congreso que tiene como esencia volver a sus raíces y rescatar a los postergados. Tal como Sazo explica citando a Jorge Teillier: “Lo que escribo no es para ti, ni para mí. Es para la niña que nadie saca a bailar.”